

Bitácora de un Bibliotecario



Edgardo Civallero

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2008

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2008

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2023.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

Febrero 09, 2008

Sobre bostezos...

¿Saben ustedes por qué bostezamos?

Esta es una de las tantas preguntas que hice durante mi infancia. Era un minúsculo proyecto de persona cuando comencé a atormentar a padres, familiares y maestras con este tipo de cuestiones. "Mamá... ¿por qué lloramos lágrimas cuando estamos tristes?" (respuesta = cara sorprendida + boca abierta). "Papá... ¿por qué nos reímos cuando algo nos hace gracia?" (respuesta = "porque sí, hijo"). "Maestra... ¿de qué está hecho el fuego?" (respuesta: "alumno Civallero, no moleste"). "Tío... ¿dónde guardan los imanes su fuerza?" (respuesta = silencio + hombros encogidos).

Permítanme preguntar nuevamente. ¿Saben ustedes por qué bostezamos?

No, no se molesten en buscar. Nadie lo sabe aún. Hay muchas teorías, a cuál más disparatada. Unos dicen que es para enfriar el cerebro. Otros, que es una reacción fisiológica ante el cansancio. Los viejos dicen que es aviso de males, y los antiguos Mayas argumentaban que era una muestra inconsciente de que sentimos deseo sexual por alguien que está cerca nuestro (esta última parece interesante. Deberé investigar...).

Y otros dicen que es un mero reflejo. De hecho, ustedes probablemente ya estén bostezando, o lo harán en los próximos minutos. Si no es por aburrimiento, será por reflejo.

¿Hacia dónde los llevo con esta perorata? A darnos cuenta de que las preguntas más básicas e "infantiles" son las que aún no han encontrado respuesta, en un mundo "civilizado" en el cual los científicos han puesto hombres en la luna, han leído nuestro código genético y han logrado enviar palabras y sonidos a través del planeta en cuestión de segundos.

Creemos tener todas las respuestas en esta "Sociedad del Conocimiento" (el humorista Quino escribiría "Zoociedad" o "Suciedad"), pero las más importantes no aparecen por ningún sitio. Al menos, esa es la sensación que tengo después de unos años de trabajar como bibliotecario. "Sólo sé que no sé nada", como dijo el buen Sócrates (que era un tipo realista).

Daniel Quinn, en su novela "Ishmael", afirma que el hombre, por no saber cosas básicas, no sabe siquiera cómo tiene que vivir. La progresiva destrucción del planeta y otros fenómenos visibles en la prensa cotidiana son pruebas de ello.

Pero, yendo un paso más allá —y olvidando este interesante punto de que no sabemos cosas tan básicas—, otra característica de los sistemas de conocimiento humano es que la información que está disponible (es decir, lo que sí sabemos) está tremendamente repartida, fragmentada, dispersa... Ni siquiera las modernas redes de

información han logrado hacer accesible toda la información. Este punto me recuerda un cuento de la tradición oral de los Ashanti de Ghana, en la costa occidental de África.

Cuenta este pueblo que Nyame, el Dios del Cielo, entregó a Anansi (La Araña, héroe cultural Ashanti) una vasija en donde estaba toda la sabiduría, para que la distribuyera entre todos los humanos. Pero Anansi quiso tenerla toda para sí, y decidió esconder aquel enorme cacharro en la copa de un árbol alto, para que nadie pudiera robársela. Sea por descuido, sea por prisa, la olla cayó mientras Anansi subía por el tronco, y se hizo añicos contra el suelo, esparciendo fragmentos de sabiduría a los cuatro rincones del mundo. Los hombres se hicieron con los fragmentos que pudieron recuperar. Pero muchos otros se perdieron, y, en definitiva, nadie pudo ser dueño de toda la sabiduría. Desde ese entonces, cuando los hombres se encuentran, intercambian entre ellos las piezas de ese saber que poseen, intentando reconstruir el conjunto original.

Recapitulemos: no sabemos cosas básicas (aunque nos hemos ocupado de saber cosas que no son tan necesarias). Lo que sabemos está disperso. A este panorama de confusión sumemos que el sistema socio-económico mundial actual hace que el intercambio de ese escaso saber que pudo recuperarse después del desastre de Anansi sea bastante difícil (hablo de leyes de copyright, información bajo clave, libros a precios exorbitantes, etc.).

Como conclusión, encontramos que, definitivamente la nuestra es una profesión complicada: intentamos gestionar información fragmentaria que no siempre podemos acceder.

La buena noticia es que el ser humano es muy parecido al agua. Ante las murallas se detiene, pero lentamente comienza a buscar resquicios por donde filtrarse. Y ese deseo de intercambiar conocimiento, de adquirir más saber, de descubrir nuevas cosas, de enterarse, de vivir la cultura y multiplicarla, jamás puede ser detenido (a pesar de lo que digan las leyes internacionales y los intereses comerciales), porque es tan antiguo como nuestra especie. El boca a boca de los tiempos pretéritos —que luego fue el mano a mano de nuestros padres y abuelos, haciendo circular libros y discos— se ha convertido ahora en el *sharing* del universo digital. Una miríada de plataformas libres permite subir todo tipo de información (libros, música, imágenes) a la web, sorteando hábilmente las barreras legales, y ponerla a disposición de todos. No sabremos todo lo que no sabemos, es cierto. Pero muchos ya están intentando que lo que sabemos sea de todos, que pueda intercambiarse, que pueda circular y ser libre. Que la producción intelectual y artística humana pueda pasar por las manos de todos.

Sé que muchos argumentarán, en contra de esta opinión, que los autores que viven de sus obras no estarían muy de acuerdo con mi perspectiva. Seguramente. A eso respondo que son pocos los autores que viven de su trabajo (literario, musical, artístico, etc.). Son muchos, por el contrario, los que comienzan a liberar su trabajo en línea, a promocionar su producción, a hacerla llegar a todas las manos, ojos y oídos. Y, curiosamente, han descubierto que de esa forma aquellos que conocen sus obras comienzan a seguirlos, y son muchos los usuarios que, tras conocer sus trabajos en línea, compran sus libros, su música o su arte para poder disfrutar mejor de ellos, o asisten a sus conciertos, clases, conferencias o exposiciones. Creo que, en este sentido, se está desarrollando un nuevo paradigma, que sorteará quizás, en un futuro no muy

lejano, las actuales barreras de derechos de autor, pues estas barreras (y otras muchas), más allá de ser un cepo para los consumidores de cultura, se han convertido en una jaula para los propios autores, que se ven atrapados en las manos comercialmente interesadas de unos pocos (que son los que realmente se benefician).

Les recomiendo, en este sentido, leer el trabajo elaborado por el grupo internacional de investigación Copy/South, con base en el Reino Unido, que ha elaborado el Copy/South Dossier. De momento está disponible solamente en inglés, pero la traducción al castellano ya ha sido terminada y en breve estará disponible en línea. En este documento se brindan estrategias, análisis y razones que buscan superar las barreras del copyright. También tiene una curiosa serie de pósteres (también en inglés). Les recomiendo que les echen un vistazo.

Y sobre los bostezos... ¿qué decirles? Continuaré con la duda. Por si acaso, seguiré tapándome la boca (para que no me entren malos espíritus ni me cuenten los dientes y pierda años de vida, como dicen las antiguas tradiciones). También seguiré haciéndome otras preguntas y buscando las improbables respuestas.

Y, en "venganza" por todos los silencios obtenidos tras mis cuestionamientos de niño insoportable, espero tener respuestas para las dudas de otros. Claro, siempre y cuando la información esté disponible.

Ahora, bostecen en paz. Un abrazo enorme desde Córdoba, Argentina...

Febrero 23, 2008

Un populu diventa poviru e servu quannu ci arrubannu a lingua

Castigo de Dios. Eso fue.

Parece ser que, en el principio, todos los hombres hablaban un mismo idioma. Hasta que se les ocurrió construir una ciudad y edificar en ella una torre tan alta que alcanzase los cielos. En castigo de tamaña presunción, Dios confundió todas sus lenguas, de forma que no pudieran entenderse entre ellos y les fuera imposible continuar la edificación de esa construcción: la famosa torre de Babel.

Así lo cuenta el Génesis (xi, 9), la colección de antiguas tradiciones orales semíticas más leída de todos los tiempos. Miles de lenguas y de hablantes, todas distintas, todas incomprensibles para los demás. Castigo de Dios.

Esta impresionante variedad de hablas, palabras, gramáticas y sonidos, conforman una parte importante de nuestra diversidad cultural, la cual, de acuerdo a la Declaración Universal sobre Diversidad Cultural de la UNESCO de 2002, es uno de nuestros mayores tesoros como especie. Sin embargo, y para no perder la costumbre, el ser humano está ocupándose de destrozarse ese milagro con sus propias manos a cada paso que da. Basta examinar algunos datos provistos por la propia UNESCO en 2005:

Sólo el 4 % de los idiomas son usados por el 96 % de la población mundial; el 50 % de las lenguas del mundo se encuentran en peligro de extinción; el 90 % de ellas no están representadas en la Internet; cinco países monopolizan el negocio de la industria cultural mundial.

(Tomado de *Knowledge versus information societies: UNESCO report takes stock of the difference*).

Ciertamente, el uso de algunos idiomas como vehículos de intercambio (inglés, francés, español, árabe, chino) para superar las barreras lingüísticas y facilitar la comunicación es algo bastante útil. Sin embargo, estos idiomas han dejado de ser sólo un "vehículo" y se han transformado en "lenguas dominantes", presionando a las demás y logrando eliminar muchas de ellas de la faz de la memoria humana.

¿Qué ocurre cuando se pierde la lengua? Comparto con ustedes un poema, "Lingua e dialettu", escrito por Ignazio Buttitta en su lengua/dialecto natal: el siciliano.

Un populu
mittitulu a catina,
spuggghiatulu,
attuppatìci a vucca:
é ancora libiru.

Livaticì u travagghiu,

u passaportu,
a tavula unni mancia,
u lettu unni dormi:
é ancora riccu.

Un populu
diventa poviru e servu
quannu ci arrubanu a lingua
addutata di patri:
é persu pi sempri.

[Encadenad un pueblo,
despojadlo,
tapadle la boca:
todavía es libre.

Quitadle el trabajo,
el pasaporte,
la mesa donde come,
el lecho donde duerme:
todavía es rico.

Un pueblo
se vuelve pobre y esclavo

cuando le roban la lengua
heredada de sus padres:
está perdido para siempre].

Sin las palabras que decimos, que usamos a diario, nuestra vida no tiene ningún sentido. Desaparecerían muchos conceptos que son únicos a nuestras culturas, muchas ideas que nacieron entre nuestras manos y que luego fueron adoptadas por otros (usando incluso nuestra propia lengua). Muerta la palabra, murió también la idea, por más que otras lenguas intenten describirla igual de bien. ¿Qué sería la música latinoamericana sin palabras locales como joropo, huapango, cueca o huayno? ¿Cómo nombrar animales y plantas si nos quitan términos como ñandú, vicuña, quirquincho o colibrí?

Nuestra lengua es el vehículo de expresión de nuestra cultura, un vehículo hecho a la medida. Sin ella, no seríamos nada; o quizás sí, seríamos un pueblo que habría perdido el norte.

Y ya son muchos los pueblos que lo han perdido, que han debido adoptar lenguas extranjeras y que han olvidado los sonidos que sus padres y abuelos utilizaban. América Latina es un gran continente lleno de memorias rotas y voces apagadas. Nosotros deberíamos saber, mejor que nadie, cómo se siente perder el idioma propio, y cuáles son las consecuencias de tamaña pérdida. Algo que también ocurre en África, en Asia, o con las minorías europeas.

Como bibliotecarios, como agentes de información y promotores de cultura, ¿qué hacemos al respecto? Nuestras colecciones ¿albergan todas las lenguas habladas en nuestra comunidad, en nuestro país, entre nuestros usuarios? Permítanme dudar. La economía de recursos y espacios hace que se apueste siempre por lo "dominante". Lo "pequeño" —por valioso que sea— no importa. Eso ocurre también entre los medios de comunicación, las empresas editoriales y tantos otros canales culturales e informativos. El mundo ha sido organizado —en todos los sentidos— para respetar una ley "evolutiva": la supervivencia del más fuerte. Lo "minoritario", lo "débil", lo "mínimo", debe desaparecer.

Y lo hace. Vaya si lo hace.

La buena noticia es que existen muchos que no se resignan a callar, y otros que, en forma independiente y arriesgando mucho, se dedican a estudiar, recuperar, publicar y difundir sus lenguas y tradiciones literarias. Y somos muchos, también, los que empezamos a enamorarnos de su trabajo y de los sonidos de otras palabras.

Para aquellos interesados en conocer un poco más sobre los problemas y las características de la diversidad lingüística de nuestro planeta, les recomiendo la lectura del artículo "Lenguas en peligro" publicado en septiembre del 2006 en *El mensajero del patrimonio inmaterial* de la UNESCO; el artículo de Luisa Maffi "Lenguas amenazadas, saber amenazado", publicado en 2003 en la *Revista internacional de ciencias sociales*; la "Recomendación sobre la promoción y el uso del plurilingüismo y el acceso universal al ciberespacio" de la UNESCO (2003); el atlas de lenguas en peligro elaborado por el

Sector de Cultura de la UNESCO; y, para aquello que manejen inglés y francés, el sitio Omniglot, el *Languages homepage* de la BBC, el sitio Euromosaic de la Comisión Europea, el sitio cuatrilingüe Linguapax, el proyecto Terralingua, la iniciativa francesa Babel y el *MSST Clearing House Linguistic Rights* de la UNESCO.

Para aquellos que quieran aprender una lengua extranjera, la Internet puede ser (o no) un entorno privilegiado. Me gustaría recomendarles, para los que tienen gustos "exóticos", los Manuales del Cuerpo de Paz de la ONU, para aprender en forma veloz lenguas como el rumano, el guaraní, el estonio, el filipino, el wolof, el uzbeko, el azerí, el ucraniano, el árabe, el swahili, el kazajo, el búlgaro, el ruso o el armenio. Están en inglés (pequeño problema) y pueden ser descargados libremente. Abundan además las páginas de recursos lingüísticos, y este aviso va dirigido para aquellas bibliotecas especializadas en lenguas, que suelen depender de los libros que tienen y de los recursos "dominantes", sin darse cuenta que, bajo acceso abierto, cuentan con miles de sitios que pueden ser de utilidad para sus usuarios.

Ustedes pensarán que el mío es un discurso utópico, y que dominando la lengua propia y una general (o séase, el inglés) podemos movernos por el mundo sin problemas. Quizás tengan razón. Pero he viajado mucho, y, si bien hablo inglés fluidamente y me defiendo muy bien en otro conjunto de lenguas "conocidas", siempre he tenido la precaución de aprender la mayor cantidad posible de frases, expresiones y palabras en esos idiomas que nadie aprendería porque son "minoritarios". Y siempre me han servido. En Corea, en Malasia, en Suecia, en Noruega, en Ecuador... Porque resultó que no todos hablaban inglés, o español, o francés. Y porque, aunque pensemos que

algunas lenguas son "minoritarias", sus hablantes no opinan lo mismo. Y si bien podemos usar alguna lengua "dominante" como puente, sólo será eso: un puente. Comprender al otro, acercarse a él y a su cultura, implicará aprender su idioma. Y viceversa.

Un mundo donde suenen muchas voces distintas no tiene porqué ser un mundo anárquico e incomunicado. Pensar lo contrario sería apoyar discursos homogeneizadores y totalitarios, que tantas desgracias han traído a la humanidad a lo largo de la historia. Conservemos la pluralidad, conservemos nuestra identidad, y acerquémonos a las de otros. Será la única manera de establecer lazos más humanos, basados en la comprensión real, y de empezar a eliminar barreras que sólo llevan a separarnos cada día más.

Y si, al fin y al cabo, se trató de un castigo divino, demostremos que no fue así, y que quizás la antigua historia está mal contada. O que el autor del castigo no logró su cometido.

Marzo 08, 2008

Voces del pasado

Los libros que conservamos en nuestras bibliotecas son, en muchos casos, voces del pasado que buscaron el refugio de la letra escrita para seguir gritando sus mensajes a través de los siglos y por los siglos. Esas voces que intentaron preservarse, perpetuarse y reproducirse, intuyeron —en su momento— que lo que contaban era valioso, y que podía servir a generaciones venideras. Porque el mundo es una rueda que gira, y si bien la historia no se repite —o, al menos, eso dicen los historiadores modernos—, el ser humano suele tener la rara virtud de tropezar dos veces en la misma piedra.

Preparando un texto sobre la civilización maya del periodo postclásico —es decir, del momento en el que la llama de esa magnífica cultura comenzaba a apagarse lentamente— me encuentro con una historia que vale la pena recordar. La hallé en las páginas de uno de los libros del Chilam Balam. Estos textos merecen, por sí solos, un comentario aparte.

Tras la conquista española del territorio maya (situado en México y parte de Guatemala), los sacerdotes católicos enseñaron a los mayas las destrezas de la lectoescritura europea, con el único objetivo de facilitar su conversión a la religión cristiana. Sin embargo, los "alumnos" utilizaron tal poder para recoger su saber antiguo —que, conservado en códices, había desaparecido gracias al memoricidio perpetrado por los conquistadores y los propios sacerdotes— y los sucesos que vivían en aquel

momento (siglo XVI). salvaron así del olvido su memoria, condenada de antemano a desaparecer bajo el peso de la historia oficial.

Se escribieron varios libros en numerosas regiones del antiguo territorio maya, en lengua nativa pero sobre papel español y usando el alfabeto latino. Aquellos manuscritos escritos en el norte del Yucatán (probablemente por los grupos étnicos mayas Itzá y Yucateco) son llamados, genéricamente "Libros de Chilam Balam". En la actualidad se conservan fragmentos importantes de diez o doce de ellos, identificados por el nombre del pueblo en el que se redactaron. Lo que voy a narrarles lo encontré en el libro de Chilam Balam de Chumayel, uno de los más completos.

Este libro cuenta un acontecimiento sucedido en Chichén Itzá muchos años antes de la llegada de los hispanos, un suceso que, por su importancia, se transmitió oralmente, de boca en boca, salvándose del olvido gracias a que los escritores lo recordaron y anotaron. Chichén Itzá era una de las ciudades-estado más poderosas del postclásico maya. Ubicada en la península del Yucatán, en el antiguo territorio de los Itzá (y actual territorio mexicano), era —y es— famosa por su bellísima arquitectura, y, en especial, por el llamado "pozo de los sacrificios".

Este pozo era una abertura natural, de las tantas que abundan en la península yucateca, donde la roca caliza es horadada fácilmente por las lluvias y genera hundimientos, cavernas, grutas subterráneas y enormes bocas que se abren en la superficie, colmadas de agua. Llamados "cenotes" por los arqueólogos modernos (del maya "tsonoot"), los pozos eran usados, a veces, como lugar de sacrificios al dios de las

lluvias, Chaac, que para un pueblo dependiente de la agricultura, era uno de los principales del panteón. Tal era la función del de Chichén Itzá. Tan importante era ese cenote, que originó el nombre de la ciudad: Chi Cheen Itzá, "el brocal de los Itzá".

A las aguas verdosas de aquel pozo se arrojaban adornos propiciatorios —resina de copal, objetos de oro, plumas, orejeras de jade— y víctimas humanas escogidas. Se suponía que el pozo conducía directamente a los dominios de Chaac: allí, el dios recibiría a los sacrificados y, si tenía algo que comunicar a los vivos —que esperaban atentamente en la superficie— dejaría volver a alguno de los inmolados con su mensaje.

Lamentablemente, y como es de suponer, nadie, nunca, regresó como mensajero divino. Drogados antes de ser sacrificados, atenzados por el pánico de la muerte inminente, las víctimas eran tragadas por las aguas cenagosas del cenote antes de que pudieran pensar en intentar salir a flote.

Sin embargo, cuenta el "Libro de Chilam Balam" que un joven noble —de nombre Hunac Ceel—, tras presenciar unos sacrificios en el cenote, tuvo una idea reveladora. Cansado de los eventos que conmocionaban la vida política de la región en aquel momento, se dirigió a la plataforma desde la cual se lanzaban las ofrendas —votivas y humanas— y, ante la mirada atónita de la población asistente y de los sacerdotes, se lanzó de cabeza al agua. Pasaron algunos minutos sin que la superficie verdosa se moviera siquiera, y luego, entre burbujas y espuma, aquel hombre salió a la superficie, respirando ávidamente. Ante el asombro de todos y la incredulidad de algunos, gritó

que el dios Chaac le había hablado, y le había dicho que, desde aquel momento, él, Hunac Ceel, de la casa de los Cocom, sería el regente de aquella ciudad-estado.

Inmediatamente, el pueblo lo aclamó. Atados de manos por sus propias costumbres y tradiciones, y aún a sabiendas de la ágil y astuta jugada de aquel advenedizo, los nobles y los sacerdotes —sin poder contradecir su religión— debieron aceptar, tragándose la ira a duras penas, aquella decisión "divina".

Lo que siguió fue una de las dictaduras más implacables que hayan soportado los mayas de aquella época. Hunac Ceel y los de su casa manejaron los hilos de la intriga política y de las guerras a sus adversarios. Con su corte instalada en la ciudad de Mayapán, dirigió sus fuerzas hacia Chichén Itzá, y, según suponen algunos historiadores, fue él el que la arrasó, convirtiéndola en el conjunto de ruinas —magníficas, pero ruinas al fin— que son hoy.

La historia, por sí sola, amerita escribir una novela. Si bien el "Libro de Chilam Balam" agrega muchos acontecimientos legendarios en este relato, el análisis de los investigadores actuales rescata los hechos históricos. La historia fue verdadera, así como las consecuencias de aquel acto, que, si bien rozó la locura, sirvió a su principal protagonista para alzarse con un poder que no le correspondía.

Este tipo de relatos deberían hacernos reflexionar sobre nuestro presente. Pues Hunac Ceel no sería el primer "gobernante" que pasase por encima de todo su pueblo amparado en las costumbres de su sociedad. Basándose en ellas son muchos los que

rigen la vida de sus naciones de forma abusiva. Usando en su beneficio los códigos civiles y legislativos, las leyes electorales, las costumbres, los hábitos, son muchísimos los que abusan de nosotros, los que se olvidan de nuestros derechos y necesidades, los que nos explotan y utilizan...

El recordatorio de todo eso, de todo lo que pasó y sigue pasando, está en nuestras bibliotecas. Para algo fueron escritos tantos libros. Y debería estar también entre nuestros recuerdos. Porque sólo conociendo el pasado se entiende el presente y se planea el futuro.

Pero parece ser que el hombre tiene una memoria muy frágil. Y que no consulta los libros adecuados en los estantes de su biblioteca más cercana.

Marzo 05, 2008

Caminos de pastores

Estoy parando, durante este mes de marzo, en un pequeño pueblo de la llamada "sierra pobre" de Madrid, que en su día perteneció a la provincia de Segovia. El pueblo en cuestión se llama Bustarviejo, y es un lugar en el que todavía —a pesar del avance de "lo moderno"— se conserva bastante de la vida tranquila de las villas del interior castellano.

Por aquí, por Bustarviejo, desde donde les escribo hoy, pasaba la Cañada Real, una de las rutas de los pastores trashumantes. En tiempos pasados —y aún hoy, aunque sólo sea una débil sombra de lo que fue— los rebaños de ovejas (una de las principales fuentes de riqueza de la antigua Castilla, que a veces contaban con millares de cabezas) debían moverse de sur a norte y viceversa en busca de zonas de invernada y de pastos para comer en verano. Así se formaban caravanas que, desde la Edad Media, fueron conducidas por las "cañadas", caminos especiales que evitaban el destrozo de campos sembrados y permitían a la corona recaudar los debidos y consabidos impuestos.

La vida de los pastores trashumantes estaba asociada a una cultura particular: a instrumentos musicales determinados, que hoy apenas si sobreviven en las manos de algunos ancianos memoriosos y en la de algunos jóvenes que quieren rescatar esos recuerdos tan bellos; a unos tipos determinados de comida, usualmente vinculadas a

chacinados, quesos, pan y frutos de estación; a unos cantos y unos cuentos muy particulares; a unas costumbres y hábitos tradicionales (relativos a la vida nómada que llevaban esos individuos); y, en fin, a toda una serie de costumbres, refranes, técnicas y actitudes.

Esa misma cultura —salvando todas las distancias— se encuentra entre los caravaneros de llamas que cruzan el altiplano boliviano llevando papas desde la puna a los lagos salados, para cambiarlas allí por bloques de sal y transportar ese preciado bien blanco a los valles cálidos para trocarlos por hojas de coca, verduras, frutas, queso... Esa cultura incluye ritos ancestrales de propiciación y protección de viajeros y animales; incluye instrumentos musicales únicos, decires, ceremonias, costumbres...

Y encontrarán rasgos similares entre los camelleros del África subsahariana; y entre los conductores de las recuas de yaks que cruzan el Himalaya entre India y Nepal o Pakistán; y entre los Saami que mueven sus renos a través de Escandinavia; y entre los Masai que pastorean sus preciados rebaños de vacas a través del África oriental...

Son patrones y características que conforman el inmenso mosaico humano del que formamos parte. Algo de ellos está plasmado en los documentos que habitan los estantes de nuestras bibliotecas. Pero es sólo una parte mínima, el saber que ha sido escrito. La mayor parte de esa cultura sigue mostrando su cara y dejando sus marcas sobre la superficie de nuestro planeta. Viviendo, cambiando, evolucionando, desapareciendo a veces. Es cuestión de no olvidar que todo el conocimiento no está en nuestras manos: muchas cosas siguen latiendo fuera de los muros de las bibliotecas,

lejos de catálogos, bases de datos e Internet. Y ese conocimiento es muy importante: son los últimos restos de una época en la que el hombre todavía (re)conocía los ritmos de la naturaleza.

Como les decía, mucha de esa cultura tradicional sigue viva en algunos rincones de nuestro mundo. Como aquí, en Bustarviejo, donde todavía se recuerdan las nubes de polvo que levantaba el paso de las grandes majadas ovinas, camino a los pastos.

Abril 20, 2008

El Diccionario del Diablo

Ambrose Bierce fue un tipo curioso, dotado de un humor negro, cínico y mordaz que le ayudó a ganar un puesto reconocido en la literatura norteamericana. Nació en 1842 en un pueblito de Ohio (EE.UU.). Fue el décimo de trece hermanos a los que su padre —casi con afán maniaco— había bautizado con nombres que empezaban invariablemente con la letra "A". Al comienzo de la Guerra Civil estadounidense, Bierce se alistó en el ejército de la Unión como topógrafo. Luchó en varias batallas, de las que guardó, como recuerdo, algunas heridas y profundas impresiones que marcarían muchas de las páginas que posteriormente escribiría.

En 1871 se casó. Tuvo tres hijos, dos de los cuales morirían antes que sus padres, en circunstancias funestas. En 1888 su matrimonio se vino abajo tras descubrir algunas cartas comprometedoras de un admirador secreto a su esposa, la cual murió poco después. Con este historial de vida, Bierce formó su carácter.

Si bien vivió algún tiempo en Londres por motivos de salud, su vida se desarrolló principalmente en la ciudad de San Francisco, en donde desplegó una intensa actividad literaria en periódicos como *The San Francisco Newsletter*, *The Argonaut*, *Overland Monthly*, *The Wasp* y el *San Francisco Examiner*.

Escribió ensayos y artículos periodísticos —que le ganaron fama en su entorno—, poesía y muchos relatos cortos, casi todos relacionados con historias de guerra. Pero su trabajo más conocido es el "Diccionario del Diablo" (*The Devil's Dictionary*). Las entradas de este curioso diccionario se fueron publicando en diversos periódicos durante una larga serie de años (1875-1906), y sólo fueron compiladas en un volumen tardíamente, en 1906, bajo el título de "El glosario del cínico" (*Cynic's Word Book*). En esas definiciones, Bierce hizo gala del estilo único que lo inmortalizó.

En octubre de 1913, el septuagenario autor emprendió un largo viaje que lo llevó, como destino final, a México, en donde se preparaba la revolución de Pancho Villa. Unido a sus fuerzas como observador, Bierce desapareció sin dejar ningún rastro en 1913-1914. Es la más famosa de las desapariciones literarias norteamericanas. En su última carta, dirigida a una sobrina, el escritor desvela parte del enigma, a la vez que muestra —una vez más— su profundo cinismo:

Adiós — Si te enteras que fui puesto contra un muro de piedra mexicano y fusilado, debes saber que pienso que es una buena manera de partir de esta vida. Causas como la ancianidad, la enfermedad o una caída por las escaleras quedarán así eliminadas...

Ser gringo en México — ¡ah, eso es eutanasia!

La visión sardónica de la naturaleza humana que impregnó su obra, junto con su vehemencia y su crítica implacable le ganaron el apodo de "Bitter Bierce" (Amargo Bierce). Los críticos actuales remarcan el empleo de un inglés puro en sus trabajos, y

una redacción que expresaba densos conjuntos de ideas (a veces contrapuestas por el doble sentido) en una única y reducida frase.

En 1911 se publicó el diccionario bajo el título actual, *The Devil's Dictionary*, dentro de una edición de las obras completas de Bierce. En 1967 se compiló una versión extendida del texto, con numerosas entradas que faltaban en ediciones anteriores. Finalmente, en el 2000 vio la luz una edición revisada, que sumaba entradas y eliminaba unas 200 definiciones falsamente atribuidas a Bierce.

Algunos ejemplos tomados del "Diccionario..." permitirán hacerse una idea de la mordacidad, ironía y uso del doble sentido de su autor. Fíjense, por ejemplo, las durísimas definiciones siguientes, que, lamentablemente, recogen sentimientos reales de principios de siglo (algunos extendidos hasta hoy):

Aborígenes, s. Seres de escaso mérito que entorpecen el suelo de un país recién descubierto. Pronto dejan de entorpecer; entonces, fertilizan.

Africano, s. Negro que vota por nuestro partido.

Infiel, adj. y s. Dícese, en Nueva York, del que no cree en la religión cristiana; en Constantinopla, del que cree.

Inmigrante, s. Persona inculta que piensa que un país es mejor que otro.

Aire, s. Sustancia nutritiva con que la generosa Providencia engorda a los pobres.

Distancia, s. Único bien que los ricos permiten conservar a los pobres.

Bierce analizó el carácter humano con un genio ilimitado...

Acusar, v.t. Afirmar la culpa o indignidad de otro; generalmente, para justificarnos por haberle causado algún daño.

Adherente, s. Secuaz que todavía no ha obtenido lo que espera.

Amistad, s. Barco lo bastante grande como para llevar a dos con buen tiempo, pero a uno solo en caso de tormenta.

Celoso, adj. Indebidamente preocupado por conservar lo que sólo se puede perder cuando no vale la pena conservarlo.

Humildad, s. Paciencia inusitada para planear una venganza que valga la pena.

Idiota, s. Miembro de una vasta y poderosa tribu cuya influencia en los asuntos humanos ha sido siempre dominante.

Un par de definiciones que podrían haber valido para él mismo son las siguientes:

Cínico, s. Miserable cuya defectuosa vista le hace ver las cosas como son y no como debieran ser.

Loco, adj. Dícese de quien está afectado de un alto nivel de independencia intelectual; del que no se conforma a las normas de pensamiento, lenguaje y acción que los conformantes han establecido observándose a sí mismos; del que no está de acuerdo con la mayoría; en suma, de todo lo que es inusitado.

Sobre las propias definiciones y diccionarios, Bierce tenía una opinión bastante particular:

Diccionario, s. Perverso artificio literario que paraliza el crecimiento de una lengua además de quitarle soltura y elasticidad.

Magnético, adj. Dícese de lo que sufre la influencia del magnetismo.

Magnetismo, s. Lo que ejerce influencia sobre algo magnético. Estas dos definiciones están condensadas de la obra de un millar de eminentes hombres de ciencia, que han arrojado sobre el tema una luz deslumbrante, con indecible progreso del conocimiento humano.

Asimismo, tenía su propio punto de vista sobre los escritores y la escritura:

Gramática, s. Sistema de trampas cuidadosamente preparadas en el camino por donde el autodidacta avanza hacia la distinción.

Ganso, s. Ave que suministra plumas para escribir que, gracias a un proceso oculto de la naturaleza, están impregnadas, en distinta medida, de la energía intelectual y el carácter del ganso, de suerte que al ser entintadas y deslizadas mecánicamente sobre un papel por una persona llamada "autor", resulta una transcripción bastante exacta de los pensamientos y sentimientos del ave.

Folletín, s. Obra literaria, generalmente una historia que no es verdadera y que se prolonga insidiosamente en varios números de un periódico o una revista. Cada entrega suele venir precedida de un "resumen de lo publicado", para los que no la han leído, pero sería más necesario un "resumen de lo que sigue", para los que no piensan leerlo. Lo mejor sería un resumen de todo.

Las costumbres humanas no se le escaparon, por supuesto:

Gato, s. Autómata blando e indestructible que nos da la naturaleza para que lo pateemos cuando las cosas andan mal en el círculo doméstico.

Mamíferos, s. Familia de vertebrados cuyas hembras, en estado natural, amamantan a su cría, pero cuando se vuelven civilizadas e inteligentes la dan a la nodriza o usan el biberón.

Mendigo, s. El que ha confiado en la ayuda de los amigos.

Lamentable, adj. Estado de un enemigo o adversario después de un encuentro imaginario con uno mismo.

Si bien se enfocó en estas "debilidades humanas", incluyó en su diccionario entradas de lo más variadas. Por ejemplo, la política:

Amnistía, s. Magnanimidad del Estado para con aquellos delincuentes a los que costaría demasiado castigar.

Batalla, s. Método de desatar con los dientes un nudo político que no pudo desatarse con la lengua.

Cañón, s. Instrumento usado en la rectificación de las fronteras.

Ejemplos de otros temas pueden ser:

Cerbera, s. El perro guardián del Hades, que custodiaba su entrada, no se sabe contra quién, puesto que todo el mundo, tarde o temprano, debía franquearla, y nadie deseaba forzarla.

Circo, s. Lugar donde se permite a caballos, "ponies" y elefantes contemplar a los hombres, mujeres y niños en el papel de tontos.

Fe, s. Creencia sin pruebas en lo que alguien nos dice sin fundamento sobre cosas sin paralelo.

Historia, s. Relato casi siempre falso de hechos casi siempre nimios producidos por gobernantes casi siempre pillos o por militares casi siempre necios.

Mitología, s. Conjunto de creencias de un pueblo primitivo relativas a su origen, héroes y dioses, por oposición a la historia verdadera, que inventa más tarde.

En fin... Una pequeña muestra de un gran trabajo que no debería faltar en nuestra biblioteca particular. Permítanme despedirme con una definición más, y una intriga que nunca podré desvelar: ¿qué hubiera escrito Bierce, con su peculiar estilo, de haber vivido en la actualidad?

Sabiduría, s. Tipo de ignorancia que distingue al estudioso.

Mayo 04, 2008

La libertad del saber

Cuando el ser humano tuvo memorias y necesitó transmitir las a sus descendientes, buscando que no murieran, el saber comenzó a circular de mano en mano y de boca en boca.

Y el saber era libre. Era la base del desarrollo de cualquier sociedad. Era la información que permitía ordenar las cosechas, perseguir las manadas, curar las enfermedades y las heridas, levantar una casa o un templo, entender el orden del mundo y recordar los designios de las divinidades.

A su vez, la imaginación humana estalló en mil y una expresiones artísticas: desde la música y el canto al baile y el cuento, y desde la pintura de arena y la escultura en hueso a la talla de piedras y la confección de cestos.

Era mucho ese saber, y, debido a la lógica imposibilidad de ser recordado por una sola persona, su custodia y supervivencia comenzó a depender de grupos determinados. Así, los artistas vivieron, transmitieron y perpetuaron sus destrezas, los agricultores las que les concernían y los artesanos, las propias.

Muchos hicieron de eso una forma de vida, y se la ganaron, pues, haciendo lo que sabían. Una gran parte del conocimiento disponible, sin embargo, continuó siendo un bien común, necesario para el progreso del grupo.

Desafortunadamente, poco a poco las cosas comenzaron a cambiar. La información comenzó a representar un factor de poder, y fue atesorada por las clases dominantes. El control del calendario —que permitía regular el éxito de las cosechas— y el conocimiento de las sustancias curativas quedaron en manos de unos pocos elegidos, que debían superar arduas pruebas para lograr poseerlo. Con la escritura ocurrió algo similar. Y así sucesivamente. Lo que en principio había sido un bien comunitario en una sociedad horizontal, pasó a ser un bien de consumo en una sociedad vertical. De hecho, quizás fuera uno de los pilares sobre los que dicha estructura piramidal se sustentara.

En la actualidad, aún somos testigos de cómo el saber estratégico se compra y se vende. Estamos tan habituados a ello —veinte o treinta siglos de experiencia nos han domesticado al respecto— que a veces no tomamos conciencia de lo dañina que tal práctica puede resultar. Nuestros médicos, arquitectos, ingenieros, biólogos y demás profesionales de las ciencias deben comprar el saber más avanzado —manejado por compañías editoriales que obtienen enormes beneficios de sus actividades— para poder formarse de manera adecuada. Los que no pueden acceder a esa información —los que no tienen recursos para ello— se ven relegados a una educación y a una capacitación incompletas, empobrecidas, carentes de actualización... Como profesionales de la información, somos partícipes de esos movimientos: al contratar

una base de datos para proveer información a nuestros usuarios, estamos aceptando este sistema cruel, y, de alguna forma, permitiendo que se perpetúe.

Parece que no quedan muchas alternativas que tomar, al menos si queremos que nuestras bibliotecas sigan funcionando. Sin embargo, las hay. Los archivos de acceso abierto son un claro ejemplo de ello.

Las discusiones actuales al respecto se están centrando en los derechos intelectuales de los autores. Pocos se enteran de que tales autores apenas si ven beneficios de los desembolsos económicos que realizamos para adquirir el saber que produjeron. La mayor parte de ello queda en manos de los intermediarios, de esos que no escribieron, no investigaron, no se fatigaron, no estudiaron, sino que aprendieron como aprovecharse de la necesidad de los profesionales de publicar y difundir, y de la del resto de leer y aprender.

Esos derechos de autor se mencionan mucho más cuando se habla de música, de literatura y de programas informáticos, en especial en un medio moderno en el cual tales bienes culturales pueden descargarse gratuitamente desde Internet. Las grandes compañías se encolerizan, y recuerdan a los potenciales compradores de sus productos que con la "piratería" se está perjudicando a los artistas, a los escritores, a los músicos... Es curioso saber, sin embargo, que esos mismos artistas —excepto el mínimo puñado de grandes consagrados que tienen contratos jugosos— apenas si ven beneficio alguno.

Nos encontramos, pues, ante una situación que debe ser conocida y reconocida por todos nosotros. No se trata ya de escuchar a las grandes multinacionales ni a sus mensajeros. Se trata de saber qué es lo que ocurre realmente. ¿Por qué se vende conocimiento estratégico cuando una gran parte de la población mundial no lo puede adquirir pero lo necesita vitalmente...? ¿Por qué los artistas se mueren de hambre, sus productoras crecen cada vez más y sus productos cuestan cada vez más caros...? ¿Dónde va el dinero que invertimos en conocimiento estratégico o en bienes artísticos y culturales? ¿Va a manos de sus productores? ¿Ven ellos el beneficio? ¿Estamos alimentando a aquellos que, en nuestra sociedad, han decidido y elegido perpetuar nuestra memoria y nuestro saber? ¿O estamos dando de comer a unos zánganos que, aprovechándose de las leyes de mercado y de las del copyright, nos engañan y engordan a expensas de todos?

En reiteradas ocasiones he animado a la publicación de saberes académicos en forma abierta, y he informado sobre los distintos caminos para hacerlo. Asimismo, he difundido muchos documentos y recursos valiosos para ello. He ido más allá, y, coherente con mi manera de pensar, he colocado toda mi producción en forma de acceso abierto, libre y gratuito, como documentos de *Open Access* o blogs. Y es ahora cuando quiero difundir la aparición de la traducción del "Dossier Copia/Sur, la versión en español de un conocido manual —el Dossier Copy/South— elaborado por un grupo de investigación internacional y multidisciplinario. El Dossier analiza, desde varios puntos de vista, el problema del copyright, en especial en los contextos del mal llamado "tercer mundo". Estudia y expone las férreas leyes de derecho de autor, los

intereses ocultos tras ellas, la visión de los productores de conocimiento, la hipocresía que se esconde tras los llamados en contra de la "piratería".

Desde estas páginas, celebro la aparición de esos documentos. Y si bien reconozco que es lógico y adecuado que nuestros modernos "perpetuadores de cultura" puedan ganarse la vida con lo que hacen —así lo han elegido, y son necesarios para que nuestra sociedad crezca saludablemente— también sé que, en la actualidad, cada vez son menos lo que pueden vivir de esa actividad. Quizás sea hora de identificar a los explotadores y de buscar alternativas que nos liberen —al menos un poco— de sus nefastas influencias y sus redes invisibles.

Mayo 18, 2008

Enciclopedias

Enciclopedia. Su nombre deriva de una lectura ligeramente errónea del original griego "enkyklios paideia", que significa "educación general". Ese nombre saltó del griego al latín, y de allí a casi todas las lenguas europeas, para convertirse, más tarde, en un sinónimo de "saber general".

Las enciclopedias constituyeron uno de los cimientos más firmes de las colecciones de referencia de nuestras bibliotecas. Y, aún en un mundo dominado por muchos soportes digitales, continúan siendo el escalón inicial de cualquier investigación o acercamiento a una materia. Buen ejemplo de la importancia que tienen en la actualidad es el asombroso desarrollo y la difusión de la Wikipedia, en la cual, bajo la dirección de un equipo plural de editores, un conjunto aún mayor de contribuyentes aporta conocimientos referidos a tópicos de su especialidad.

Un proceso similar ocurrió, hace siglos, durante la elaboración de la enciclopedia más famosa en el ámbito europeo: la de Diderot y d'Alembert. Su historia no está desprovista de curiosidades. Permítanme compartirla con ustedes.

En 1728, Ephraim Chambers publicó en Londres su "Cyclopaedia", subtitulada "Un diccionario universal de artes y ciencias". Eran dos densos volúmenes *in folio*, con casi 2500 páginas, que pronto se convirtieron en una de las primeras —y más célebres—

enciclopedias generales en lengua inglesa. Contaba con un sistema de referencias cruzadas bastante sólido y con una clasificación de los artículos por áreas de conocimiento (de las cuales el autor anotó 47). Basada en trabajos anteriores (como los de John Harris en 1704), la obra de Chambers destacó por haber sido elaborada con seriedad y buen juicio. De hecho, mantuvo su popularidad por años y fue el origen de la famosa "Encyclopédie" francesa.

La "Encyclopédie", o "Diccionario razonado de ciencias, artes y oficios" se publicó en Francia entre 1751 y 1772, con revisiones y suplementos tardíos (1772, 1777 y 1780) y con numerosas traducciones y derivados posteriores. Originalmente, pretendía ser una sencilla traducción de la obra de Chambers al francés. A tal efecto, el editor André Le Breton encargó, en 1743, la labor de traducción a un inglés residente en París, John Mills, hasta entonces un modesto escritor que había elaborado algunos textos sobre agricultura en su país natal. En mayo de 1745 —dos años después— Le Breton anunció que el trabajo estaba listo para la venta. Grande fue su sorpresa cuando se enteró que Mills no sólo no hablaba ni escribía correctamente el francés (muchos dicen que apenas lo balbuceaba), sino que ni siquiera tenía una copia de la "Cyclopaedia" para comenzar su trabajo. Un trabajo que, como supondrá el atento lector, no estaba ni siquiera iniciado.

Le Breton había sido descaradamente estafado. Lleno de rabia, buscó a Mills y le propinó tal paliza (unos dicen que con una caña, otros que con un bastón) que el "traductor" presentó cargos contra el editor a las Cortes. Estas, tras estudiar el caso,

dieron la razón a Le Breton, pues, de acuerdo a su juicio, la agresión estaba "justificada por la incompetencia del agredido".

Le Breton reemplazó a Mills por Jean Paul de Gua de Malves en 1745. Entre los contratados por Malves para realizar el enorme trabajo de traducción se encontraban Étienne Bonnot de Condillac, Jean le Rond d'Alembert y Denis Diderot. En agosto de 1747, Malves fue despedido por Le Breton, debido a sus rígidos métodos de trabajo. Otras versiones explican que el propio Malves se marchó, hastiado de la labor. Le Breton contrató entonces a Diderot y a D'Alembert como nuevos editores. Y el inicial trabajo de traducción se convertiría en uno de redacción.

Diderot permanecería en su puesto 25 años, pudiendo ver su obra finalizada.

El trabajo contó con 35 volúmenes, 71.818 artículos y más de 3.000 ilustraciones. Muchas de las más grandes figuras de la Ilustración francesa colaboraron en esos artículos: Voltaire, Rousseau, Montesquieu... Louis de Jaucourt fue el contribuyente que batió el récord de artículos escritos: 17.266. Ocho por día, entre 1759 y 1765...

El mismo Le Breton se dio el lujo de escribir un artículo de la "Encyclopédie": el dedicado a la tinta negra, "Encre noire". También se dio otro lujo: el de censurar un buen número de textos, para hacer la obra menos "radical". Este hecho ocasionaba frecuentes ataques de ira de Diderot. Los recortes de Le Breton se ensañaron con artículos como "Sarracenos o Árabes" y "Filosofía pírrica"... En todos los casos, existían motivos políticos para realizar las censuras.

Los escritos de la "Encyclopédie" eran revolucionarios, debido a su enfrentamiento abierto con los dogmas católicos. De hecho, la totalidad del trabajo fue prohibido por decreto real en 1759. Afortunadamente, debido al apoyo que tenía de parte de ciertas personas influyentes —como la célebre Madame de Pompadour— el trabajo continuó "en secreto". En realidad, las autoridades civiles no querían deshacer una actividad comercial que daba trabajo a muchas personas. La prohibición fue, en realidad, una tapadera para acallar las furibundas quejas de la Iglesia.

La "Encyclopédie" se transformó en una obra célebre, tanto por sus ideas como por sus autores. Sin embargo, hubo trabajos mucho más relevantes, realizados con siglos de antelación y por parte de autores unitarios. Lamentablemente, muchas de esas obras han desaparecido, o han caído en el olvido más absoluto. Algunos ejemplos pueden ser los siguientes:

- La enciclopedia médica de 30 volúmenes escrita por Abu al-Qasim al-Zahrawi, el padre de la cirugía moderna, en el año 1000.
- La primera enciclopedia científica conocida, "Kitab al-Shifa", de Ibn Sina o Avicena, escrita entre 1000 y 1030. Poseía 9 volúmenes sobre lógica, 8 sobre ciencias naturales, 4 sobre aritmética, astronomía, geometría y música, y otros tantos sobre filosofía, psicología y metafísica.
- El "Canon de la Medicina", una enciclopedia de 14 volúmenes escrita también por Avicena hacia 1030. La obra fue referencia y modelo en las universidades europeas y musulmanas hasta el siglo XVII. En ella se presentaba la medicina experimental, el descubrimiento de las enfermedades infecto-contagiosas y un largo etcétera.

- El "Canon Masudicus" de Abu al-Rayhan al-Bisudi (1031), una extensiva enciclopedia sobre astronomía.
- La enciclopedia de 43 tomos de Ibn al-Nafis (1242-1244) titulada "El Libro Comprehensivo sobre Medicina", una de las mayores enciclopedias médicas de la historia, aunque solo unos pocos volúmenes hayan sobrevivido.

Lamentablemente, la mayoría de las grandes obras del saber islámico —cuyos conocimientos fueron precursores de los "descubrimientos" realizados en Europa mucho más tarde— desaparecieron bajo el peso de las invasiones mogolas en Bagdad, las Cruzadas o la conquista de Andalucía por los reinos cristianos hispanos. Mucho fue quemado y destruido. Solamente aquellos textos que habían sido traducidos al latín durante los siglos XII y XIII en centros de cultura y saber como Toledo, Segovia, Cataluña, Sicilia o el sur de Francia, pudieron conservarse para la posteridad.

Siglos después, fueron muchos los que se adjudicaron descubrimientos y pasaron a los libros de ciencia como grandes figuras, cuando en realidad esos descubrimientos ya habían sido realizados siglos antes. Cosas de la historia.

En realidad, cosas de la historia eurocentrista... "Eurotodo", diría Eduardo Galeano al respecto, titulado un texto en la página 103 de su último libro, "Espejos":

Copérnico publicó, en agonía, el libro que fundó la astronomía moderna.

Tres siglos antes, los científicos árabes Muhayad al-Urdi y Nasir al-Tusi habían generado teoremas que fueron importantes en el desarrollo de su obra. Copérnico los usó, pero no los citó.

Europa veía el mundo mirándose al espejo.

Más allá, la nada.

Las tres invenciones que hicieron posible el Renacimiento, la brújula, la pólvora y la imprenta, venían de China. Los babilonios habían anunciado a Pitágoras con mil quinientos años de anticipación. Mucho antes que nadie, los hindúes habían sabido que la Tierra era redonda y le habían calculado la edad. Y mucho mejor que nadie, los mayas habían conocido las estrellas, los ojos de la noche, y los misterios del tiempo.

Estas menudencias no eran dignas de atención.

El mismo Galeano afirma en la misma página del mismo libro, en el texto titulado "Sur":

Los mapas árabes todavía dibujaban el sur arriba y el norte abajo, pero ya en el siglo trece Europa había establecido el orden natural del universo [el norte arriba y el sur abajo].

Galeano nos cuenta que la biblioteca imperial de Pekín tenía, en el siglo XV, 4000 libros en los que reunía el saber del mundo. Seis libros tenía, por entonces, el rey de Portugal.

Cosas de la historia. Cosas de la memoria. Afortunadamente, las actuales enciclopedias virtuales permiten la existencia de versiones en chino, árabe, ruso, griego, y tantos y tantos otros idiomas. Pero, por desgracia, los que sólo sabemos leer el alfabeto latino y un par de idiomas europeos tenemos que quedarnos con los artículos que nos cuentan todo desde este lado del espejo.

Vuelvo, para cerrar esta entrada, al principio. La palabra "enciclopedia" deriva del griego, y significa "educación general". Quizás algún día tengamos una "generalidad" que abarque y tenga en cuenta a todos y a todo. Tal vez ese día podamos aprender algo nuevo, diverso y realmente valioso. Mientras tanto, deberemos conformarnos con la "generalidad" de siempre.

Mayo 31, 2008

La ruta de la tinta en África

Si les pido que piensen en "bibliotecas africanas", probablemente la mayoría de ustedes verá, en su imaginación, las unidades modernas de las distintas naciones del gran continente. Pero si les pido que piensen en "bibliotecas africanas de hace cinco siglos", de esa época en la que aún gran parte de esas tierras era un misterio para los europeos que luego las "descubrieron"... ¿en qué pensarían?

[Si esto fuera un auditorio, éste sería el odioso momento en el cual todo el mundo se queda callado y revisa concienzudamente sus manos, la nuca de la persona de delante, los desperfectos del suelo...].

Nos han vendido muchas veces la imagen del "África tribal", del "continente negro", de "la tierra del tamtam y la tradición oral", de las "expresiones artísticas como medio de transmisión de saberes"... Los clásicos de Hollywood, los libros de viajes de los exploradores del siglo XIX, y el enorme imaginario popular creado de a poco probablemente hagan que pensemos en un África hecha de danzas exóticas y cantos más exóticos aún, y en pueblos sin escritura, sin libros y, por supuesto, sin bibliotecas.

Quizás algunos se sorprendan cuando cuente que uno de los grandes centros de saber de ese continente —uno de la talla de otros grandes núcleos contemporáneos—

estaba en el borde mismo del desierto del Sahara, en uno de los cruces de rutas comerciales más importantes de aquella región del planeta.

Se llamaba —y aún se llama— Timbuktu. Y hoy pretendo contarles un poco de su historia y de la de sus libros.

Timbuktu (o Tombuctu, por su grafía francesa) se encuentra en el actual estado de Malí, en el África occidental. Fue fundada hace diez siglos por los Tuareg o Targui, los famosos "hombres azules de desierto", nómades de origen bereber que deambulaban en sus dromedarios a través de ese enorme país sin dueño que era el desierto del Sahara (por cierto, ¿sabían que "Sahara" significa precisamente "desierto" en árabe?). Estos pueblos —que, curiosamente, ya habían desarrollado un milenarismo sistema de escritura— fundaron la villa, aunque fueron mercaderes de la vecina ciudad-estado de Djenne los que la poblaron inicialmente, levantando un gran número de mercados y asentamientos mercantiles. Muy pronto Timbuktu se convirtió en un lugar próspero, pues se encontraba en el cruce de las caravanas trans-saharianas. Esas caravanas intercambiaban bienes entre el norte islámico (sal) y la zona del Níger, al sur (oro, esclavos, marfil, frutas), y era lugar de descanso para las interminables tropas de camellos porteadores, y para sus conductores.

Para el siglo XI había un buen número de comerciantes de las etnias Fulani, Mandé y Tuareg asentados allí. Todos ellos eran musulmanes. La ciudad perteneció a varios imperios: al de Ghana, al de Malí desde 1324, al Songhay desde 1468... Dentro del

Imperio Songhay, Timbuktu fue "la joya de la corona", siendo esa su época de máximo esplendor.

[Resulta increíble la enorme cantidad y variedad de ciudades-estado, imperios y confederaciones que surgieron y desaparecieron en África antes de que la historia europea alcanzara a esos pueblos. Muchas veces estamos dispuestos a creer que allí no hubo historia ni nada digno de mención hasta la llegada de exploradores como Livingstone, Stanley, Burton... Pero, como dije al principio, no son más que partes del imaginario popular].

En 1591, la ciudad fue capturada por una banda de aventureros marroquíes capitaneados por un renegado español, el llamado "Pachá Joder". Pachá era título honorífico, y la otra palabreja era la interjección que salía más a menudo de la boca de ese malhablado individuo (interjección que mis lectores ibéricos sabrán reconocer, sin duda). Ese fue el inicio del fin del esplendor de Timbuktu. En 1893 cayó bajo el poder colonial francés —no sin la dura resistencia de los Tuareg— y en 1960 ganó su independencia junto con todo el Sudán francés (actual Malí). En los 90, la ciudad sufrió el ataque de los Tuareg, que pretendían crear su propio estado. La llamada "Rebelión Tuareg" no duró mucho, y terminó con una quema de armas en 1996.

Hoy es una ciudad bastante empobrecida, pero durante siglos constituyó un misterio para los europeos, especialmente porque, al ser un centro musulmán, estaba prohibida la entrada a todo aquel que no profesara la religión de Mahoma. Se contaban leyendas sin fin sobre sus riquezas —muchas de ellas basadas en hechos

reales— y fueron numerosos los individuos y organizaciones occidentales que quisieron "descubrir" (ese era el verbo usado) Timbuktu y sus tesoros de fábula. En 1788, un grupo de ingleses formó la African Association para lograr encontrar la ciudad y ponerla sobre el mapa del continente. La Sociedad de Geografía de París ofreció, en 1824, un premio de 10.000 francos al primer no-musulmán que entrara a la ciudad y volviera con información. El escocés Gordon Laing llegó en 1826, pero fue asesinado. El francés René Caillié lo hizo en 1828, disfrazado de musulmán, y pudo regresar para contarlo y adueñarse tanto del premio como del dudoso honor de haber sido el primer europeo en entrar en la legendaria villa. Sólo otros tres europeos pudieron imitar su hazaña antes de 1890.

Es un UNESCO World Heritage Site desde 1988, debido a sus mezquitas hechas de adobe y barro, una imagen que proporciona a esa ciudad —y a otras de la región— un tremendo halo de misterio. Según se dice, las siluetas de esas construcciones inspiraron al arquitecto catalán Antonio Gaudí. Lamentablemente, la ciudad se está desertificando, y ha sido declarada en peligro desde 1990. Tan misteriosa es que una encuesta de 2006 realizada entre jóvenes británicos arrojó que el 34 % no creía que la ciudad existiese, y que un 66 % la consideraba "un lugar mítico".

A lo largo del siglo XV se levantaron un buen número de instituciones islámicas en Timbuktu. La más famosa es la mezquita de Sankore, también conocida como "Universidad de Sankore" por la *madrassa* o escuela islámica que alojaba. Esa fue construida en 1581, y se convirtió en el centro de la comunidad académica islámica de

esa región, aunque otras mezquitas aún sobrevivientes —la de Djinguerber o la de Sidi Yahya— son mucho más antiguas.

Una *madrasa* islámica no tiene nada que ver con una universidad medieval europea (por comparar instituciones de la misma época). La *madrasa* estaba compuesta por un grupo de escuelas independientes, cada una gestionada por un maestro. Los estudiantes se asociaban a un determinado profesor, y las clases tenían lugar en los espacios abiertos de la mezquita o en residencias privadas. El foco básico de las clases era el estudio del Corán, pero también se enseñaba lógica, astronomía, historia, música, botánica, religión, comercio, derecho y matemáticas. Los académicos escribían sus propios libros como parte de un modelo socio-económico basado en la investigación. Los beneficios obtenidos por la venta de libros era el segundo negocio de la ciudad, después del comercio de oro y sal. Se conservaban más de 100.000 manuscritos en la villa, la mayoría escritos en árabe o en pular (la lengua de los Fulani) y con contenidos didácticos sobre los temas tratados en la *madrasa*.

El nivel alcanzado por la producción de libros y conocimientos entre los siglos XVI y XVIII hicieron que se acuñara un refrán, que sirve como testamento a esa brillante era: "La sal viene del norte; el oro, del sur; pero la palabra de Dios y los tesoros de la sabiduría vienen de Timbaktu".

Se cree que había más de 120 bibliotecas en la ciudad, que formaban parte de la "ruta de la tinta" africana. Esta arrancaba desde el norte de África y, siguiendo las rutas de las caravanas, llegaban al este del continente, también dominado por comerciantes

árabes. En tiempos recientes, las bibliotecas se redujeron a unas 60-80 instituciones privadas, que se dedicaban a conservar los invaluable manuscritos. Entre ellas destacan hoy las bibliotecas Mamma Haidara, Kati, Al-Wangari y Mohammed Tahar. La biblioteca de la familia Kati posee 3.000 documentos de origen andalusí: los más antiguos están datados entre los siglos XIV y XV. Hay más de un millón de documentos originales conservados hoy en Malí, y se supone que hay otros 20 millones en otras partes de África, en especial en la vecina región de Sokoto, Nigeria. Muchos de ellos son conservados como tesoros por familias que nunca revelarán su existencia.

Existen varios proyectos internacionales conjuntos que pretenden rescatar todo ese patrimonio. En agosto de 2002 se mantuvo el Ink Road International Symposium en Bamako (capital de Malí). En 2006, un esfuerzo conjunto de los gobiernos de Malí y Sudáfrica permitió comenzar la investigación al respecto. UNESCO ha iniciado el Timbuktu Manuscript Project, y en la ciudad, una fundación se dedica a la preservación de documentos históricos. No quedan artesanos del libro, aunque existen muchos recuerdos de ese oficio, que constituyó una industria floreciente hace mucho tiempo.

La historia que nos suelen enseñar —la de los libros, y tantas otras— parece demasiado concentrada en Europa, y muy pocas veces presta debida atención a otros espacios geográficos y culturales. El esbozo aquí realizado sobre África occidental podría también elaborarse sobre América Central prehispánica, sobre su producción de bellos códices y sobre su industria de papel de corteza *amatl*. ¿Cuánto nos han dicho sobre eso? ¿Cuánto hemos aprendido? ¿Cuánto sabemos?

Lejos de pretender "dar la voz a los sin voz", quizás en este espacio pueda "refrescar las memorias". Memorias de mundos que tuvieron, ellos también, diestros encuadernadores, magníficos ilustradores y expertos investigadores. Como los de Timbuktu.

Junio 28, 2008

Un compendio de estupidez humana

Hace casi medio siglo, el escritor húngaro Paul Tabori escribió un libro que considero magnífico. El título original era "Natural History of Stupidity". En castellano se tradujo como "Historia de la Estupidez Humana".

Además de intentar definir el término "estupidez" en un denso primer capítulo, Tabori realiza una revisión más o menos académica de numerosos documentos (manuscritos, archivos, incunables, ediciones antiguas) y extrae de ellos una colección variopinta de ejemplos de verdadera estupidez humana. Tales ejemplos abarcan temas como el ansia por el oro, el ceremonial de las cortes, los árboles genealógicos falsos, la densa (y ridícula) burocracia, las leyes (muchas de ellas, más ridículas aún), las dudas, los mitos y el amor.

El libro no tiene desperdicio. Cada párrafo es asombroso, y el lector va saltando de estupidez en estupidez —a cual más increíble, todas ellas bien documentadas— a lo largo de la historia de la humanidad. Si pueden conseguirlo, no dejen de leerlo.

Paul Tabori nació en Budapest, Hungría, en 1908. Se educó en Hungría, Austria y Alemania, y se graduó como doctor en Ciencias Económicas y Políticas por la Universidad de Budapest. Entre las dos guerras mundiales, vivió en 17 países como corresponsal. En 1937 se asentó en Londres, donde desarrolló una actividad

verdaderamente febril, como periodista y autor. Entre 1943 y 1948 escribió numerosos guiones para *London Films*, y en los 50' hizo lo mismo en Hollywood. Para la década de los 70', Tabori había escrito más de 30 guiones cinematográficos y un centenar para series de televisión. Participó como miembro en numerosas asociaciones internacionales de escritores, siendo cofundador de la International Writer's Fund. En sus últimos tiempos dictó clases en universidades como la Fairfield Dickinson, el City College de Nueva York y la Universidad de Illinois.

"Historia de la estupidez humana" comienza con el siguiente párrafo. ¿Necesita este libro mejor presentación que la que proporciona el propio autor?

Este libro trata de la estupidez, la tontería, la imbecilidad, la incapacidad, la torpeza, la vacuidad, la estrechez de miras, la fatuidad, la idiotez, la locura, el desvarío. Estudia a los estúpidos, los necios, los seres de inteligencia menguada, los de pocas luces, los débiles mentales, los tontos, los bobos, los superficiales, los mentecatos, los novatos y los que chochean, los simples, los desequilibrados, los chiflados, los irresponsables, los embrutecidos. En él nos proponemos presentar una galería de payasos, simplotes, badulaques, papanatas, peleles, zotes, bodoques, pazguatos, zopencos, estólidos, majaderos y energúmenos de ayer y de hoy. Describirá y analizará hechos irracionales, insensatos, absurdos, tontos, mal concebidos, imbéciles... y por ahí adelante. ¿Hay algo más característico de nuestra humanidad que el hecho de que el Thesaurus de Roget consagre seis columnas a los sinónimos, verbos, nombres y adjetivos de la "estupidez", mientras la palabra "sensatez" apenas ocupa una?

Algún día, alguien escribirá una "historia de la estupidez política". Y estoy seguro de que encontrará bastante material en los periódicos y anales modernos.

Julio 12, 2008

Pregones y crónicas coloniales...

Escucho, de mi colección de discos de folklore latinoamericano, un tema del grupo argentino Los Trovadores, renombrado por sus cuidados arreglos vocales. Se llama "Pregones coloniales": empiezan por el pregón del aceitunero —"Aceituna, una..." — y siguen por el del velero y el aguatero. De esa canción salto a otra del mismo grupo: los "Pregones del altiplano". Allí, los que suenan son los gritos del vendedor de mantas, del de mazamorra y del platero...

Cuando era niño, la estampa de los pregones era una de las más me gustaba cuando me enseñaban la (deformada) historia colonial de mi país. Quizás aquellos anuncios callejeros tenían algo que ver con la música, elemento que siempre me pareció un maravilloso lenguaje universal. La costumbre de pregonar había llegado de España, en los mismos barcos que trajeron muchos de los productos que se pregonaban.

Hace poco, leyendo las páginas de las inigualables "Tradiciones peruanas" de Ricardo Palma, me encontré con un fragmento que quiero compartir con ustedes por recuperar esta partecita del espíritu colonial americano, un espíritu que no ha desaparecido: simplemente ha adquirido otra forma. Viajen, si no, en algún transporte público en Argentina, en Ecuador, en Bolivia, y esperen a que suba algún vendedor ambulante...

El fragmento que quiero compartirles es un tanto complejo. Se refiere a la historia colonial peruana. Muchos de los personajes y productos pregonados son poco conocidos en otros ámbitos. Sin embargo, creo que un par de explicaciones posteriores bastarán para aclarar algunas dudas...

Palma explica como los pregones en las calles del barrio de su niñez servían de reloj no-oficial...

La lechera indicaba las seis de la mañana.

La tisanera y la chichera de Terranova daban su pregón a las siete en punto.

El bizcochero y la vendedora de leche-vinagre, que gritaba "¡a la cuajadita!", designaban las ocho, ni minuto más ni minuto menos.

La vendedora de zanguito de ñajú y choncholés marcaba las nueve, hora de canónigos.

La tamalera era anuncio de las diez.

A las once pasaban la melonera y la mulata del convento vendiendo ranfañote, cocada, bocado de rey, chancaquitas de cancha y de maní, y fréjoles colados.

A las doce aparecían el frutero de canasta llena y el proveedor de empanadillas de picadillo.

La una era indefectiblemente señalada por el vendedor de ante con ante, la arrocera y el alfajorero.

A las dos de la tarde, la picaronera, el humitero y el de la rica "causa de Trujillo" atronaban con sus pregones.

A las tres, el melcochero, la turrонера y el anticuchero o vendedor de bisteque en palito clamoreaban con más puntualidad que la Mari–Angola de la Catedral.

A las cuatro gritaban la picantera y el de la piñita de nuez.

A las cinco chillaban el jazminero, el de las caramanducas y el vendedor de flores de trapo, que gritaba: "¡Jardín, jardín! Muchacha, ¿no hueles?".

A las seis canturreaban el raicero y el galletero.

A las siete de la noche pregonaban el caramelero, la mazamorrera y la champucera.

A las ocho, el heladero y el barquillero.

Aún a las nueve de la noche, junto con el toque de cubrefuego, el animero o sacristán de la parroquia salía con capa colorada y farolito en mano pidiendo para las ánimas benditas del purgatorio o para la cera de Nuestro Amo. Este prójimo era el terror de los niños rebeldes para acostarse.

Después de esa hora, era el sereno del barrio quien reemplazaba a los relojes ambulantes, cantando entre pitea y pitea: –¡Ave María Purísima! ¡Las diez han dado! ¡Viva el Perú, y sereno!

Para los desconocedores, vayan las siguientes anotaciones.

La tisanera vendía hierbas medicinales, y la chichera, chicha, bebida fresca hecha a base de maíz, muy consumida en la actualidad en el área andina, tanto en su versión no fermentada como en la otra, que tiene alcohol y equivale a una cerveza.

La leche-vinagre es cuajada, producto lácteo típicamente hispano. El zango de ñajú es un guiso de un fruto ya olvidado, que era de la forma de un pimiento y con una sustancia viscosa o gomosa en su interior.

La tamalera vendía tamales, pastelillos a base de pasta de maíz rellena de carne o verduras y envuelto, todo ello, en "chala" (hoja de la mazorca). Los productos de la "mulata del convento" eran dulces, obras maestras de repostería típicas de claustros de monjas.

Al "ante con ante" era el clásico arroz con leche. El alfajorero vendía una variedad de dulces hispanos, los alfajores, aún muy consumidos en América Latina. Los picarones, choncholíes y la "causa de Trujillo" son dulces peruanos parecidos. Los primeros eran especies de buñuelos de zapallo y harina, fritos y bañados en miel.

Las melcochas eran especies de caramelos de azúcar y mantequilla. El humitero vendía humitas, muy parecidas a los tamales. Los anticuchos son especies de "pinchos morunos" hechos con lascas de corazón de vaca, aún hoy muy apreciados en Bolivia y Perú.

El jazminero y demás vendedores de flores las vendían para que las mozas se engalanaran para sus paseos de media tarde, una costumbre explicada por Palma en su libro. Para arreglo de las damas también existía el raicero, que despachaba unas raíces blandas que equivalían al cepillo y pasta dental antiguos.

La mazamorra —vigente hasta hoy en media Sudamérica— es una especie de cocido de granos de maíz blanco, usualmente dulce, al que se le agrega distintos aditamentos para darle un sabor característico, y es, generalmente, un delicioso postre.

Finalmente, el sereno era una especie de vigilante nocturno, y el animero, un monje que, en procesión, salía a pedir limosnas para las ánimas del purgatorio.

El libro de Palma recoge muchas otras historias, y recomiendo su lectura para los ávidos curiosos de las costumbres y tradiciones de antaño. Entre las incluidas en la obra del insigne peruano se encuentran la tradición del Manchaypuyto; la de la partida de ajedrez del inca Atahualpa; la historia de Aguirre el traidor; la llegada del primer ratón, el primer gato y el primer melón a tierras peruanas; las crónicas del tabaco; numerosas historias sobre dichos y refranes americanos; reseñas sobre hechos históricos relacionados con la Conquista y la Independencia de Perú; y numerosas reseñas de distintos lances y anécdotas que tienen como actores a religiosos, virreyes, nobles y ciudadanos bien conocidos.

Así como los volúmenes de nuestras bibliotecas pueden darnos la fuerza para que nuestras ramas crezcan y fructifiquen, también proporcionan la tierra en la que nuestras raíces deben afirmarse para que el ramaje pueda seguir creciendo. Porque sin raíces, el menor ventarrón tumba a un árbol. Y ventarrones, en el mundo moderno, es lo que sobra.

Con un puñado de estas lecturas, uno se sonreirá —sobre todo si es latinoamericano— cuando, en el metro o en el bus, escuche el pregón de los modernos vendedores ambulantes. Y se dará cuenta de que, a pesar de todo, muchas cosas sólo cambian la fachada, pero jamás mueren.

Enero 5, 2015

Palabras que laten, corazones que hablan

Oscar Wilde decía que "no hay hombre que no sea, en cada momento, lo que ha sido y lo que será". Tampoco mis líneas han dejado de ser, en cada momento, lo que he andado o lo que he leído —en un libro, sobre la tierra, mirando las estrellas— y, sin duda, dejarán su huella en nuevas páginas.

Con errores, con aciertos, con satisfacciones y con tropiezos he llegado hasta aquí, un lugar que no queda ni cerca ni lejos, que es de ustedes y es mio, que he compartido y del que hoy me despido.

Tal vez, como escribía Alejandro Dolina, "no está mal ... de vez en cuando ... darle cierta ventaja a la vida. ... Y una cosa más. Si no podemos enorgullecernos de lo que hemos hecho, que nos quede por lo menos el orgullo de lo que no hemos querido hacer".

Muchas gracias por haberme acompañado hasta aquí. Seguimos leyéndonos.